

INTRODUCCIÓN

«Que este año sea normal».

Nunca antes nos habíamos deseado normalidad (no nueva, sino normalidad, sin más) para un año entrante.

Pero el 31 de diciembre de 2020 estas cinco palabras volaron por las redes. Familiares, amigos, vecinos, incluso esos contactos que sólo aparecen iluminados en la pantalla en Nochebuena y Nochevieja parecían empeñarse en coincidir en un solo deseo: que acabase el maleficio.

¿Era el fin de la esperanza? ¿Estábamos cambiando la felicidad por la tranquilidad de la certidumbre?

Más aún: ¿no somos capaces de ser felices cuando los vientos no soplan a favor?

Signo de madurez es el paso del optimismo sentimental, ése que repite como un mantra que todo va a salir bien —aunque no se sepa—, a la esperanza. La esperanza como virtud que acompaña en los momentos más oscuros, de mayor incertidumbre, y que, como señala Havel, encuentra el sentido a las cosas, más allá del resultado final.

Las páginas que tienes entre tus manos se escribieron, en su mayoría, en mitad del confinamiento provocado por la covid-19. En meses que para todos han sido intensos, llenos de duda y de miedo, pero también de esperanza.

Es curioso que, cuando uno de los grandes debates sobre el futuro de la humanidad nos llevaba a mundos futuros con transhumanos —la gente que llega a extremos para implantar chips e introducir mejoras en su cuerpo—, y una vida dominada por la tecnología, nos hemos dado cuenta de que un pequeño bichito nos ha puesto en jaque y, también, de que a pesar de la tecnología, lo que

hemos echado de menos ha sido estar físicamente cerca de otros, de nuestros seres queridos, lo que subraya nuestro carácter social.

En un mundo tan competitivo, hemos vuelto a apreciar la labor callada y humilde de personas que nuestra sociedad no reconoce tanto como debería, y al tiempo hemos sufrido por los dramas que a diario nos narraban una y otra vez todos los medios de comunicación, generando multitud de muestras de empatía y compasión, además de agradecimiento.

Hemos vuelto a redescubrir la belleza en las pequeñas cosas y de una manera casi extraña, cuando el ruido de fondo de nuestro día a día había desaparecido, hemos encontrado en nuestro interior que nuestra naturaleza no necesita ese consumo compulsivo que nos surge cuando nos dejamos llevar por «lo que hay que hacer, ser y tener» que esta sociedad nos quiere imponer. ¡Tantas cosas han resultado ser nada, comparadas con poder estar cerca, con querer!

En definitiva, nos hemos acordado de qué significa ser humanos. Esos meses de confinamiento han mostrado en muchos casos lo mejor de la naturaleza humana. Y pueden haber tenido la virtud –el tiempo lo dirá– de hacernos madurar como sociedad, como tribu global, centrada en primer lugar en protegernos y ayudarnos.

Muchos han –hemos– tenido miedo sobre su futuro profesional, y por desgracia muchos han perdido sus trabajos. Sin embargo, también hemos podido descubrir que el trabajo es mucho más que un mero intercambio transaccional de tiempo por dinero, y lo hemos visto desde otro prisma, una visión que implica el servicio a la sociedad y al desarrollo. Se han multiplicado los voluntarios en todo tipo de iniciativas, al cuestionarse qué podían ofrecer a los demás. Al asomarse al abismo, intercambiar tiempo por dinero se ha descubierto como un sinsentido para los que tienen sus necesidades más que cubiertas. Prueba de ello ha sido ‘La Gran Dimisión’, un promedio de 4 millones de estadounidenses

renunciaron cada mes durante la segunda mitad de 2021; un hito nunca antes visto en el mercado laboral. ¿Por qué? Un infome de McKinsey asegura que, si la pandemia nos ha enseñado algo “es que los empleados anhelan inversión en los aspectos humanos del trabajo. Los empleados están cansados, y muchos están en proceso de duelo. Quieren un sentido de propósito renovado y revisado en su trabajo. Quieren conexiones sociales e interpersonales con sus colegas y gerentes. Quieren tener un sentido de identidad compartida.”

De repente muchas personas se han chocado de frente con aquella frase del filósofo Marco Aurelio: «Las personas que trabajan toda su vida, pero no tienen un propósito, están perdiendo el tiempo».

Muchos tenemos más ganas de vivir que nunca, porque, por unos momentos, hemos estado más cerca de lo que nos enriquece, de nuestra vulnerabilidad y de lo efímera que es la vida.

¡Ojalá no perdamos la perspectiva!

Los retos se han agudizado y las respuestas se vuelven aún más urgentes

El mundo se enfrenta a unos tiempos llenos de curvas que nos pueden hacer descarrilar si no somos capaces de hacer prevalecer el bien común y la mirada a largo plazo por encima de la competitividad salvaje y el sálvese-quien-pueda.

La tecnología sobre la que tanto miedo nos quieren inculcar se ha demostrado muy útil estos días. Y nos podría haber ayudado más para correr menos riesgos al tratar a determinados pacientes, o al encontrar medicamentos más eficientes o entender mejor a ese enemigo llamado covid-19. Y seguro que nos ayuda a mantener la distancia social. Comentando con diferentes empresas estos meses, muchas hablaban de *Smart Cities*, de Inteligencia Artificial o de robótica como elementos para ayudarnos a salir y a estar mejor en el futuro.

La tecnología tiene otras caras y a futuro puede, en función de las decisiones que se adopten a nivel colectivo e individual en estos años, tener un impacto aún más positivo, o generar una destrucción de empleo a un ritmo desconocido y cambiar nuestro modelo de vida a peor.

Además, existen otros retos. La sostenibilidad del planeta y las desigualdades sociales son dos de los más acuciantes. Pero también la diversidad —entendida como una cuestión profunda y no sólo de género—, el modelo de capitalismo y de empresa, el ruido que nos dificulta ser libres o la falta de ética, por citar algunos de los más relevantes.

De entre todos los retos, existen dos que son fundamentales y que se ven afectados por todos los anteriores.

El primero y más importante, el derecho de los seres humanos a florecer en diferentes dimensiones, por encima de cualquier otro objetivo. Y, aunque hemos avanzado mucho, nos queda camino por recorrer. Y, lo que es más grave, gran parte del progreso se puede poner en peligro en los próximos años.

El segundo reto, relacionado con el anterior, es la búsqueda de la libertad frente a los poderes que nos intentan controlar, que pretenden mediatizar nuestras opiniones o reducir al individuo a un mero consumidor y productor. En un entorno tan polarizado y lleno de incertidumbre, podemos vernos abocados a una de las dos grandes corrientes: la de dejarnos llevar por los regímenes populistas que nos quieren ‘subvencionar’ para empobrecernos como personas o la de seguir aceptando sin rechistar esta ‘carrera de ratas’ que nos han vendido como la panacea. Tal vez haya caminos intermedios.

Es nuestra responsabilidad

En este entorno podemos buscar soluciones fuera de nosotros, pero ni las empresas ni los gobiernos van a hacer nuestra parte del trabajo. Pueden ayudar o no, pero no todo está en sus manos.

Las empresas se encuentran en una situación esquizofrénica. El cortoplacismo que tantos males ha traído se ha encontrado con un nuevo vigor inesperado por culpa de la crisis, que ha puesto el foco en lo urgente. El objetivo ahora mismo es sobrevivir, pero la forma en la que se ha de conseguir esta supervivencia es importante.

Por un lado, desde hace ya años hay movimientos que exigen modelos menos agresivos en crecimiento o que éste sea sostenible para las comunidades y entornos afectados, que el empleado pueda llevar una vida equilibrada y digna y que el marketing no sea mera propaganda. Muchos estudios ya ponen en la mesa datos sobre la relación entre el comportamiento virtuoso y la visión de largo plazo, con mayor sostenibilidad y rentabilidad. Éste es un movimiento imparable, que los ciudadanos, como consumidores, tenemos que reforzar si queremos vivir mejor, aunque llevará tiempo que cuaje de verdad.

Por otro lado, la visión tan cortoplacista de las empresas como dice Pfeffer, está creando en muchos casos unas condiciones de vida difíciles de llevar para muchos trabajadores, que cada vez se sienten más inseguros. Empresas que obedecen a los poderes del mercado a cualquier precio, empujadas por las dinámicas creadas por las grandes multinacionales que, con nuestro beneplácito como consumidores, han hecho del país con menos derechos de la Tierra, la fábrica del mundo. Una fábrica que ahora nos amenaza.

La globalización ha supuesto muchos beneficios en el ámbito colectivo y ha elevado el nivel de vida en muchas zonas del mundo, pero no ha conseguido traer muchas más libertades de verdad, si entendemos como libertad algo que va más allá del consumismo. Todo ello, impulsado, por detrás del telón, por fondos que sólo buscan la rentabilidad a corto plazo como dogma de fe.

Muchos buscan en los gobiernos la solución. En una especie de síndrome de indefensión aprendida, muchas personas se sien-

ten incapaces de hacerse cargo de sus propias vidas y esperan que alguien se las solucione.

No nos equivoquemos: los gobiernos –sobre todo si son populistas– no nos salvarán. A los gobernantes les hemos de exigir que nos permitan esa libertad y que no nos quieran tutelar, que favorezcan que el individuo se desarrolle y que corrijan los defectos del mercado, que los tiene –y son muchos–. Es posible, con sentido común, fomentar la innovación, aumentar la transparencia y proteger a los desfavorecidos y los núcleos familiares, como bien demuestran los países del norte. No nos dejemos llevar por los extremismos en tiempos de zozobra como los que se avecinan. Sería un error de una magnitud incalculable.

La responsabilidad fundamental es nuestra

Sólo tomando consciencia de los retos y centrándonos en aquello que está en nuestra mano –actuando con responsabilidad para formarnos, consumir menos, evitar que nos manipulen, buscar el bien común y, por qué no, protestar y exigir de manera civilizada– podremos ejercer nuestra libertad.

Educación como solución para el futuro

Para dar respuesta a estos retos, **hay una solución a largo plazo: la educación.**

Sí. La educación.

Es cierto que sólo la educación no podrá cambiarlo todo, pero sí ayudará. Y lo hará porque estos retos exigen el desarrollo de líderes desde la escuela. Personas que, cada una en su puesto, sean capaces de mirarse a sí mismas, a las demás y al mundo de una forma diferente, más amplia, pero con una profundidad grande.

En los últimos años parece haberse instalado un debate que nos plantea una dicotomía, falsa a mi juicio: educación para el trabajo o educación para la vida. En el primer caso, todo debe estar

supeditado a la formación de técnicos. En el segundo, pareciera como si el trabajo no fuera a ser relevante *a posteriori*.

Hemos de ser ambiciosos con el objetivo de la educación. No basta con trabajar, que es muy importante. **El objetivo debe ser trascendente; buscar la plenitud, el florecimiento humano.** La educación tiene que lograr la empleabilidad, pero va mucho más allá de ella.

Como dice el Papa Francisco: manos, corazón y mente. Un lema parecido al del prestigioso MIT (*Massachusetts Institute of Technology*) «*Mens et manus*», pero con una diferencia sustancial: el corazón.

Queramos o no –y yo sí lo quiero– la tecnología está aquí para quedarse y no es algo nuevo. Y va a cambiar todos los campos del saber y de la actividad humana a una velocidad seguramente inimaginable. Esta nueva revolución tecnológica va a generar vértigo en muchas personas y organizaciones y los retos a los que nos vamos a enfrentar van a someternos a tensiones difícilmente soportables sin las herramientas adecuadas.

La educación debe, a mi juicio, jugar un papel clave ahí. ¿Cómo? Integrando lo humano y lo tecnológico. Lo tecnológico es fundamental para trabajar hoy y puede ayudarnos a hacer cosas mejores. Pero esto debe estar supeditado al bien y no al enriquecimiento como objetivo fundamental.

El ser humano está desorientado. Nuestra forma de vida está cambiando y necesitamos anclas.

En este contexto, educar es más importante y retador que nunca. Ser educador es la profesión más relevante del mundo, aunque siga estando mal remunerada. Pero enseñar debe ser, sobre todo, facilitar el aprendizaje, para la vida y para el trabajo. El foco debe estar en el aprendizaje de los alumnos y no tanto en el que enseña, que es un instrumento para un bien superior: preparar a personas para que tengan éxito en un mundo muy complejo.

Para ese éxito hemos de desarrollar los *mindsets* y competencias para mejorar la empleabilidad –trabajo en equipo, flexibilidad– pero sobre todo hemos de desarrollar nuestro carácter –lo que somos–, nuestra consciencia y autoconocimiento –darnos cuenta de lo que ocurre de verdad– y nuestra libertad –no sólo la independencia económica, que también, sino la libertad de criterio y la capacidad crítica para salir del rebaño–. Y hemos de fomentar la búsqueda de un propósito, un para qué.

Según los japoneses todo el mundo tiene un *ikigai*; un talento único que da sentido a tus días y te empuja a dar lo mejor de ti mismo hasta el final. Francesc Miralles y Héctor García en su libro *ikigai Los secretos de Japón para una vida larga y feliz* señalan que «el *ikigai* está escondido en nuestro interior y requiere una exploración paciente para llegar a lo más profundo de nuestro ser y encontrarlo. Según los naturales de Okinawa, la isla con mayor índice de centenarios del mundo, el *ikigai* es la razón por la que nos levantamos por la mañana». No podemos no imaginarlo, ¿cómo sería nuestro entorno si todos -o la mayoría- viviera ejerciendo su talento?

Ante los retos a los que se enfrenta el mundo hemos de desarrollar una sensibilidad ética. Una visión de cuidado de nosotros mismos, de los demás y del planeta. Porque la educación no debe generar técnicos sino profesionales, personas que ponen su saber hacer al servicio del bien común, en cualquier ámbito.

Por supuesto, hemos de ayudar a que se aprendan los conocimientos técnicos y básicos para poder tener una buena base y encontrar un trabajo.

Cuando se forma a jóvenes en diseño de productos, en *big data* o en ciberseguridad, hemos de ayudarles a que reflexionen sobre si su trabajo es para hacer el bien o no, puesto que en ese trabajo va impregnada nuestra esencia. Si seguimos fomentando una cultura donde lo que importa es ganar mucho y rápido, a

costa de los demás, estamos creando una sociedad pobre en el sentido literal.

Ante los retos a los que nos enfrentamos, necesitamos fomentar el desarrollo de personas que, con su vida, cambien el mundo. Muchos creerán –de nuevo con esa indefensión aprendida– que no se puede hacer. Yo creo que sí. Basta con que nos demos cuenta y no nos dejemos llevar por todos los que se niegan a cambiar en cualquier ámbito. Ser humano es apasionante. Lograr avanzar a veces es costoso, pero la recompensa es enorme. No nos dejemos llevar.

¡Es un ejercicio de responsabilidad!

Epicteto, filósofo

Entre todas las cosas hay algunas que dependen de nosotros y otras que no dependen de nosotros

ACT

Epicteto señalaba que es necesario aceptar aquello que no depende de nosotros y actuar sobre aquello que sí. Yo creo que hay mucho sobre lo que sí podemos actuar, por eso propongo este modelo:

1. Desarrollar **Awareness** (consciencia) de los retos a los que nos enfrentamos. Conocer y cuestionar la realidad; la cultura y costumbres imperantes hoy, y también leer las señales para

comenzar a pensar qué tiene sentido y qué no, de todo lo que nos han inculcado desde que tenemos memoria. ¿Qué retos tenemos que enfrentar? ¿Qué nos gustaría transformar?

2. **Conocimiento:** conocernos y conocer lo que de verdad nos hace humanos; parar el ritmo frenético que a veces nos engulle para poder detenernos y enfocarnos en lo que de verdad nos puede llevar a alcanzar nuestro máximo potencial, a florecer.
3. **Tomar acción,** actuar con responsabilidad, con todo aquello que esté en nuestra mano: para vivir acorde con nuestro propósito; liderar el cambio hacia una sociedad más consciente.

En definitiva, lo que pretendo es ayudar a que la gente pueda actuar – **ACT**– con una visión amplia de la realidad y, para ello, me sumo al debate sobre un sistema de educación que prepare para el siglo XXI, pero que no olvide lo que somos: personas.

Si me presentara como inventor de un modelo educativo faltaría a la verdad. Sí propongo un enfoque propio, pero está basado en un panorama amplio de fuentes e inspiraciones, con las que conformo un paradigma a medida de las necesidades concretas que desvelo a lo largo del libro. Y, de esas necesidades, las técnicas y aptitudes son sólo una parte. Como se suele decir, hemos caminado a hombros de gigantes. Si el resultado no ha sido el acertado, la culpa es toda mía.

La tesis es sencilla. De todas las soluciones que se plantearán en el futuro próximo, hay una ineludible sobre la que podemos actuar todos y cada uno de nosotros: **la educación del futuro. Una educación para la felicidad.**